

vida en el sentido en que empleamos esta palabra. En el sueño nuestra vida auténtica se suspende, y al despertar a la realidad, la encontramos aumentada con el recuerdo de lo soñado; pero mientras soñábamos no vivimos. No hay descanso ni tregua. En todo instante tenemos que resolver el problema de lo que vamos a hacer. Las metáforas elementales inveteradas contienen verdades tan efectivas o más que la de Newton. Estas metáforas venerables que han llegado a convertirse en verdades del idioma sobre las que marchamos como cuando marchamos por una isla formada por coral, esas metáforas, digo, encierran siempre profundas intuiciones de los grandes fenómenos fundamentales. Así nada más frecuente que decir: nosotros sufrimos una pesadumbre; nos hallamos en una situación grave. Pesadumbre y gravedad son metafóricamente una trasposición del orden físico, de ponderar un cuerpo sobre nuestro cuerpo y ponernos al orden más ínfimo. Y es que la vida, en efecto, pesa siempre porque es un continuo elevarse y conducirse a sí mismo, por lo que nada embota tanto como el hábito y de ordinario nos olvidamos de ese constante peso que arrastramos y somos. Por esto que la ocasión se presenta menos propicia para que volvamos a sentir su gravamen; no es como acontece en el astro que gravita hacia otro.

Paradójicamente, la palabra alegría viene tal vez de la palabra aligerar, que es quitar peso. El hombre apesadumbrado va a la taberna buscando alegría, pierde lastre y caverna buscando alegría, pierde lastre y pesadumbre y entonces el hombre, aeróstato de su vida, se eleva y siente de modo transitorio y artificial descargarse el peso que es siempre el vivir triste o alegre, pero siempre peso.

Pero a todo esto hemos avanzado notablemente en esta excursión, en este descenso que hacemos al profundo ser de nuestra vida. En la hondura en que ahora nos hallamos nos parece estar como subsistiendo en la inexorable necesidad que tenemos de resolver lo que vamos a hacer. Ya no diremos como al principio: vida es lo que hacemos, nuestra actuación con las cosas del mundo, porque ahora hemos averiguado que todo este ser y esas actuaciones que no nos vienen automáticamente, mecánicamente impuestas, como los discos al gramófono, sino que tienen que ser decididas por nosotros y que este ser decididas es lo que tienen de vida, porque la ejecución es algo que se produce en nosotros de una manera mecánica. Este atributo de la vida lo expreso diciendo: la vida es decisiva, lo es siempre. Este carácter decisivo de la vida tiene un doble y terrible sentido. No sólo significa que en cada instante estamos obligados a decidir lo que vamos a hacer en el siguiente, sino que al haber llenado este instante con una decisión nuestra nos acontece algo irremediable e incontenible para que los instantes de nuestra vida sean completos. Y al llegar uno de ellos con nuestra deter-

minación y decisión le hemos entregado decisiva e inexorablemente un trozo insustituible de nuestra vida. Para un ser que fuese inmortal, que gozase consigo un tiempo ilimitado, no tiene importancia la ocupación que dé a cada uno de sus días. Si la decisión de ayer fue errada, no ha perdido el tiempo, porque no se le agota nunca. Es por lo mismo que esa vida del inmortal no es propiamente vida. No es esa realidad dramática que llamamos nuestra vida. El hombre tiene en cada jornada un valor absoluto, porque no hay modo de rectificar. La vida del inmortal no se consume: puede mañana y siempre rectificar lo de ayer. En suma: para él todo es indiferente; pero para el hombre no puede haber nada que sea indiferente, y si no cuida mucho de llenar sus horas de la mejor manera posible, su vida será la estrangulación constante de sí mismo.

En el tiempo del Cosmos, que tiene horas infinitas, éstas pueden perderse porque puede cualquiera de ellas ser sustituida por otra; pero en el tiempo vital, en el tiempo del hombre, las horas son contadas, no se pueden cambiar. El hombre está obligado a aceptar porque no puede rectificar. De aquí que cuando en un instante decidimos lo que tenemos que hacer en el siguiente, deberíamos en rigor estremecernos hasta la raíz porque nos exponemos a que si nuestra decisión es equivocada o insuficiente, averriemos el instante, asesinemos un trozo irreparable de nuestra propia existencia. Eso es lo que entiendo cuando digo que la vida es decisiva.

Temo fatigar vuestra atención, y desde hace un rato ando ya viendo la manera de poder fugarme de este análisis, que me está pareciendo demasiado pesado. Pero ya llegamos a la ribera y al ribazo, el hecho fundamental con el cual quería yo hoy ponerme en contacto, el hecho con que desde hace mucho tiempo quiero poner en contacto a los españoles a través de mis libros, y a través de ellos a los hombres de otras tierras. Por eso constituye este temor una paradójica continuidad, y es que la vida está constituida por la forzosidad que cada cual tiene de decidir en cada instante lo que va a ser. Notad todo lo extraño de esta paradoja. Según ella cada uno de nosotros sería un ser que consiste más que en lo que es en lo que va a ser; por lo tanto, en lo que aún no es, o dicho de otra forma, esta extraña paradoja contra la cual no puede hacerse nada nunca porque es la pura verdad de la esencia de la vida, esa extraña paradoja se resuelve en decir que para el hombre y para la vida lo fundamental no es el presente, sino el futuro. Somos más lo que tenemos que ser que lo que ya somos o hemos sido. Si tomamos el reloj o miramos la hora de tiempo cósmico que él marca, eso que llamamos el presente, notarán ustedes que nosotros no estamos viendo ese presente, sino que estamos ocupando de lo que hay más allá de él. Yo no me preocupo de la palabra que ahora pronuncian maquinalmente mis

labios, sino que me ocupo de la que voy a pronunciar. Vosotros no atendéis lo que me habéis oído y ha ingresado en vuestra mente, sino que estáis dispuestos y abiertos para recibir lo que llegue; es decir, que la vida es todo un archivo. Por eso hay en nuestra alma todo eso que se llama futurización, esperanza, fuerza maravillosa del presente que nos lanza hacia el horizonte imaginario del futuro.

El porvenir, el pasado y el presente.—

El porvenir en la vida es un capitán; el pasado y el presente son los soldados. En vista del futuro que se adelanta hacia nosotros, volvamos la vida al presente y al pasado, para buscar en ellos los instantes con los cuales ayudarnos en este futuro, que es lo único que nos prestigia. Vivir es siempre sobrevivir, vivir mañana, vivir luego. En suma, señores, que después de todas estas cuidadosas advertencias, venimos a una magnífica perogrullada: que la vida es una operación que se hace hacia adelante. Pero es conveniente, cuando se ha llegado a una averiguación de este linaje, no dejarla suelta, sin nombre, sin el collar de un nombre. Conviene, al contrario, apenas se ha logrado procurar encerrarla en un vocablo detrás del cual, a través de cuyos alambres podamos siempre vislumbrar el poder expresivo del vocablo, podamos siempre ver agitarse vivaz el pájaro. Busquemos un nombre para esta intuición que acabamos de tener. Hemos dicho que la vida es un afán, que es una operación que se hace hacia adelante, que es ir hacia adelante, que es un ocuparse no tanto con lo de ahora, sino con lo que va a venir. Es un ocuparse por anticipado, que es anticipación, que es ocuparse antes de ocuparse. Entonces llamémosle preocupación. La vida es preocupación, y está lo es siempre: es la vida grata y la ingrata: es en la hora vulgar y en la que no lo es. Y claro es que de ordinario nos esforzamos por rehuir esa preocupación; pero no creáis que el despreocupado se liberta de la vida porque busca la diversión.

Ese buscar la diversión y buscar el alejamiento de la preocupación radical que eleva y sostiene la vida no es sino una manera de preocuparse de no preocuparse. Por eso, señores, tenemos todos los ingredientes esenciales que componen el centro cordial y palpitante que llena nuestra vida. Habéis visto que, de un lado están las circunstancias. Toda la vida es encontrarse como decíamos, sin saber cómo, en unas circunstancias inexorables de lugar y de tiempo determinadísimas. Es la dimensión de las fatalidades que integran nuestra vida. Igual fuera el caso de la bala. Si la circunstancia en que vivimos nos obligase, absolutamente nada tendríamos que elegir en ello. Ella misma nos llevaría maquinalmente, y seríamos unos autómatas; pero la circunstancia o mundo se abre siempre en nosotros como un repertorio de vagas posibilidades, y nos obliga a elegir entre esas posibilidades que integran la circunstancia.

Lo más trágico del hombre es lo más glo-